

su rango de ciencia, viene demostrando con el auxilio de poderosos microscopios que no existe la generación espontánea, piedra angular de todo materialismo.

Pues si la ciencia viene demostrando la verdad bíblica, que sin los recursos de investigación con que hoy se cuenta ha pregonado de un modo sencillo esas grandes verdades proclamadas en el día por los sabios, ¿por qué no tomarla como fuente de verdad en sus narraciones? Todavía no se tenía una idea del telescopio, y ya Moisés proclamaba que las estrellas eran tan innumerables como las arenas del mar; no se soñaba siquiera en la geología, y él enseñaba que el mundo fué creado en seis épocas geológicas; no se tenía noción de la Paleontología, y él había dicho que los primeros animales que existieron fueron los invertebrados. Y así, si se examinara atentamente la concordancia que existe entre la verdad bíblica con la verdad científica, se notaría inmediatamente su armonioso enlace; pero siempre que al hacer la comparación, sin ese espíritu de prevención en contra, tuviera en cuenta el pensador la época y el pueblo á quien se dirigía Moisés.

### III.

El hombre dotado de inteligencia, para poder descubrir los maravillosos secretos de la Naturaleza creada, ha puesto empeño en hallar todo lo que constituye la creación, y así le vemos en los diversos órdenes de la ciencia desplegar la actividad de que es capaz su espíritu.

De su sed insaciable de adquirir las nociones que ansía poseer, viene esa lucha tripartita que abre á la humanidad los tres campos de la política, del arte y de la ciencia. Lucha que abarcando el conjunto de las aspiraciones humanas, viene á trastornar lo que hay de más íntimo en nuestra vida.

Así, pues, hemos visto surgir del teatro mismo de los acontecimientos á los genios creadores en los tres campos, que son el motivo de la actividad del hombre. Y como los intereses que se ventilan en ellos son de aspiración heterogénea, de ahí viene ese conflicto que divide á la humanidad y la hace estallar á manera de los planetas que se convierten en asteroides por algún brusco choque que recibieran.

Entonces y asemejándose á los asteroides que giran por su propia cuenta por el espacio, la humanidad fraccionada en el campomoral, gira igualmente por su propia cuenta y desconoce la unidad que le es indispensable para sostener su elevado rango. Sí, es precisa esa unidad para dejar de sentir la necesidad de la lucha que convierte á la humana especie en un juguete.

En efecto, si compilamos los trabajos del hombre desde la creación hasta nuestros días, ¡qué sorpresa no recibiríamos al extractar lo útil de todo lo edificado! Cuántos ingenios de primer orden han agostado todas sus energías por elevar la esfera de la humanidad, y el tiempo ha demostrado lo infructuoso que han sido tales tentativas.

Es verdad que en el mundo existe la ley del progreso que lo arrastra todo; pero en el campo moral es muy difícil de percibirlo de un modo claro y distinto; y de allí han surgido tantos sistemas filosóficos que se contrarían entre sí. [Suponemos al lector en pleno conocimiento de los principales sistemas filosóficos que han guiado al mundo, y por eso nos abstenemos de citar uno á uno á todos los que han formado época y escuela.] Sólo diremos que desde Platón

y Aristóteles, los fundadores de las dos sendas que todos siguen, se ha verificado una evolución constante que sostiene la lucha humana. En ambos lados han brillado inteligencias sobresalientes, y por eso el mundo fluctúa en la elección del criterio que debe adoptar en definitiva.

¡Cuántos talentos han consagrado su vida en la solución del más intrincado problema, el de hallar la verdad absoluta para el mundo, llevando sendas distintas para este objeto! Y todo ¿para qué? Para bien y felicidad del hombre, en último término.

De todas las conquistas de la humanidad alcanzadas por el progreso incesante que la arrastra hacia su último fin, ninguna afecta más al hombre que las del orden moral, como que estas se relacionan directamente con su espíritu, lo más sublime de su ser, y por eso le vemos empeñado en abordar con más ahinco las cuestiones filosóficas en todos los tiempos.

Hoy día, predomina su afición por las ciencias en todas sus manifestaciones, y su aspiración es el de resolver con ellas el gran problema de su porvenir individual. Cuestión altamente importante, como que

se trata de la eternidad de su destino, el cual puede ser infinitamente feliz ó infinitamente desgraciado. Cuestión que lo mueve hasta á fantasear en los medios de investigación, y de allí su desbordamiento en el insondable abismo de las ideas.

El hombre en su afán de substraerse á las leyes que el Eterno Creador impuso á su alma, crea con la potencia de su espíritu otras que quiere lo rijan en el orden moral, y á éstas les llama Ciencia; pero como no puede conciliar los fines del espíritu con los que entraña la ciencia humana, se hace necesario que él niegue entonces su primitivo origen, y así le vemos marchar de hipótesis en hipótesis hasta llegar á confundirse con la materia bruta. ¡Qué desgracia! el hombre, creado para las complacencias de Dios, creado á su semejanza divina para ser la cabeza de la creación, y á quien se ha concedido el dominio de todas las cosas, abdica voluntariamente de su alto rango, y quiere confundirse hasta con lo más grosero que existe en el mundo.

El naturalista despreciando la concepción metafísica del hombre, sólo busca sus afinidades con la materia. Y como éstas son muy estrechas, por lo que aquel tiene

de material, concluye por suponer que el hombre es un producto perfeccionado de ella; mas como esta suposición debía fundarse en algo, dedica su atención á la exploración científica, á virtud de la cual surge la biología que expone como la mejor fuente de verdad, y funda en ella todo su criterio en cuanto á su primitivo origen.

Mas si averiguamos lo que ha adelantado en las ciencias biológicas respecto de su propia esencia, podemos convencernos que nada, enteramente nada. La eterna cuestión del espíritu y de la materia todavía en pié como desde el principio del mundo. Por eso vemos que una hipótesis científica que ayer era una verdad recibida, decae con la misma facilidad con que surgió. Es porque el espíritu humano sólo puede saciar su aspiración con la verdad de Dios, esa verdad que ha sido, es y será hasta el fin de los siglos, inmutable, cual es el Omnipotente Creador. Si el hombre, sin desatender el estudio de las ciencias naturales que le descubren las leyes que rigen la materia, como su transformación sucesiva, aplicara en cuanto al espíritu la inducción y deducción que hoy emplea en el estudio del hombre, conside-

rándolo puramente material, nos parece que anduviera menos extraviado.

En efecto, ¿quién puede dudar que hay en el orden espiritual gradaciones que se reconocen á primera vista? Encuéntranse en los animales los caracteres propios de la vida del hombre, funciones tan iguales, que es imposible dudar que ambos siguen las mismas leyes morfológicas y fisiológicas, y, sin embargo, no podemos confundir al animal mejor organizado, con el hombre en su degradación más notable. Y esto ¿por qué?

Desde que existen los animales y el hombre, ha podido advertirse diferencias esenciales entre estos y aquel, no en cuanto á lo que tienen de material, sino en cuanto al espíritu: primero, el animal en su estado estacionario, no ha podido nunca generalizar, por lo que su estado actual no difiere en nada del primitivo, mientras que el hombre habiendo comenzado en el estado más rudimentario, le vemos hoy colocado en la meta de su grandeza y preponderancia, tan sólo por su razón que lo lleva de conclusión en conclusión hasta hallar su perfección posible.

Todo en la creación revela gradaciones:

la materia comienza por el átomo del éter, medio en que vive el átomo de la materia ponderable: la vida se manifiesta desde el plasón, protisto, mónera, plastídula, hasta llegar al infusorio, de que nunca hubiera tenido noticia el hombre si este careciera de esa luz divina que se llama razón. Con esta ha podido penetrar hasta lo más íntimo de la Naturaleza por medio de los instrumentos que ha inventado para suplir lo que los sentidos corporales no han podido darle, y así le vemos lleno de atrevimiento querer traspasar los límites que le están designados para entrar con bandera desplegada al campo del espíritu, al campo en que reside Dios, Soberano Creador y ordenador de todas las cosas, visibles é invisibles.

Mas como el hombre al pisar el último peldaño de lo que le es posible franquear, se encuentra completamente desprovisto de los elementos indispensables para poder entender las cosas del otro campo, fuerza á su razón para que le dé cuenta del orden espiritual como se la dá en el orden material. Y como esta es incompetente, por estarle vedado penetrar los altos arcanos del Señor, se desarrolla á

impulsos de las exigencias del hombre y le dá una explicación del infinito, como si se tratara de las cosas finitas. De allí su desbordamiento en hipótesis y sistemas, y de ahí su alejamiento de su Autor Divino. Y como mientras más se aparta de él, más obscuridad y confusión encuentra, se ve en la condición de no poder sostener por mucho tiempo sus más hermosas conquistas.

En nuestro concepto, el hombre debe limitar su aspiración á las cosas que le son posibles analizar por medio de su razón y conformarse en cuanto al orden espiritual con la verdad revelada. De otra manera andará de error en error hasta llegar á confundir las cosas reales con las ficciones que se vaya formando en su mente.

En efecto, ¿qué ha ganado en las ciencias metafísicas desde que es hombre? ¿No se tiene la misma concepción del espíritu como hace miles de años? ¿Los materialistas modernos, no revelan que sus concepciones de actualidad en este orden son viejísimas? Desde la más remota antigüedad han existido filósofos con pretensiones de variar el concepto que debe tenerse respecto á la naturaleza y esencia de Dios y de

todo ser espiritual, y sin embargo, ¿qué se ha adelantado en éste asunto? ¿No queda en pié la misma duda, la misma ignorancia que antes?

#### IV.

Los filósofos, los naturalistas, los físicos y químicos modernos, con toda esa pompa de ciencia que en la actualidad se ostenta, nada han adelantado respecto de la metafísica, y á nuestro modo de ver, jamás lograrán avanzar una línea.

Es verdad que hoy día se pretende reducir la psicología á fisiología pura; pero con esto ¿se subsana en algo la dificultad de penetrar en el campo espiritual? Nos parece que no.

A los que como Maudsley consideran al espíritu como una simple manifestación de la materia cerebral, haciendo radicar el pensamiento y las demás facultades del alma en una función orgánica, puede preguntárseles, ¿porqué, si el alma del hombre, que es la que analizan, es una simple manifestación de la materia tiene la potencia de generalizar sus ideas? Los animales de orden superior, como el mono

v. g. ¿no tienen las mismas funciones cerebrales, y sin embargo, han podido alguna vez concebir el infinito? El estado estacionario en que yacen nos responden negativamente. Desde que estos existen no se conoce en ellos ningún adelanto, ni en la forma, ni en el fondo. Si pudiera traerse al análisis el primer mono que holló la tierra, se vería que en nada difiere del que hoy miramos en todos los continentes.

Al sacar Dios de la nada la materia cósmica, la materia universal, la masa general que llevaba en su seno virtualmente al universo mundo con todas sus partes, cielo, tierra, astros y animales, los cuales existían allí de una manera potencial, confusa é indistinta, y de allí debían salir sucesivamente á virtud de las leyes impresas á la materia primitiva al efecto por su voluntad omnipotente y ordenadora, quiso también sacar de ella de un modo especial al hombre que hizo á su imagen y semejanza y á quien sin sustraerlo de las leyes generales que rigen la materia puso á la cabeza de toda la creación para que él fuera el lazo de unión entre el mundo material y el mundo espiritual.

En efecto, si se suprimiera de la creación al hombre, ¿cómo podría relacionarse el universo con su Soberano Autor? Al hombre nada más le es dado llegar á la concepción de lo divino, de lo sobrenatural; á él se ha otorgado graciosamente el don de entender las maravillosas leyes que Dios impuso á todo lo creado, y es por eso que puede hoy vanagloriarse de los descubrimientos que ha hecho en orden á estas mismas leyes que permanecían ocultas.

Mas cuando por espíritu de soberbia quiere traspasar los límites de su posibilidad, entonces todo se obscurece en él, y su razón se niega á satisfacer su pueril exigencia. Entonces es llevado en alas de la ficción que le hace perder las nociones positivas de toda realidad. Así le vemos crear hipótesis sobre hipótesis para suplir lo que la razón se ha negado á suministrarle, y le vemos caer hasta el absurdo en medio de su ciencia.

Cuando el hombre busca en la materia el origen de sus facultades psicológicas se pone en la condición de errar, porque ésta sigue otro orden y obedece otras leyes. La Naturaleza, pues, y el espíritu se revelan

á la más elemental consideración de nuestra propia esencia humana, y así nunca debía hacerse abstracción del espíritu al juzgarse de nuestra propia naturaleza.

Nadie puede desconocer la inmensa diferencia que existe entre los cristales v. g. y la materia organizada. ¿No es verdad que mientras aquellos representan la inercia, la muerte, ésta por el contrario es la fiel expresión de la actividad, de la vida, etc? Pues esto significa que hay algo superior en la materia organizada, por razón de su organización, y he aquí por qué notamos esas gradaciones de que ya hemos hablado.

Si contemplamos con espíritu sereno la creación universal, fácilmente podremos notar la correlación de las diferentes manifestaciones de la materia; pero siempre marcando la línea divisoria que existe entre ella y el espíritu. Así vemos en los tres reinos de la naturaleza, comenzar la vida desde el vegetal hasta el hombre.

Nacen y se desarrollan las plantas, de un modo distinto de los animales; y aunque tienen con estos un punto de contacto en cuanto á su vida vegetiva, no se puede, sin embargo, confundir la más esbelta planta

con el animal del orden más inferior, y así, plantas, animales y el hombre, viven en el mundo sin poderse confundir.

Hemos dicho antes que plugo á la voluntad soberana de Dios hacer al hombre de los mismos elementos de la materia creada, y por consiguiente, sujeto en cuanto al cuerpo, á las leyes impresas á ésta. Mas con respecto de su alma, goza de una libertad desconocida en toda la Naturaleza.

En efecto, ¿puede haber comparación entre los efectos naturales de la materia y las facultades del espíritu? Puede compararse la presencia de los múltiples agentes de aquella que bajo la forma de calor, luz, gravitación, electricidad y afinidad química nos admiran, con esas concepciones del espíritu, que sin seguir de un modo fatal ninguna ley, lo penetran y analizan todo?

La naturaleza entera con todo ese cortejo inmenso que ha producido por desarrollo sucesivo, ¿qué vale ante el espíritu que representa una chispa, por decirlo así, del poder de Dios? El mundo sideral que representa tantos sistemas planetarios entre los que se encuentra el nuestro, ¿qué vale ante el hombre más humilde?

Si un observador pudiera colocarse en medio del gran movimiento de los astros, si pudiera penetrar los secretos de evolución de la materia cósmica y mirar la formación de nuevos mundos á través de evoluciones sucesivas, ¿no es verdad que su admiración no tendría límites? Y sin embargo, esto es nada en comparación de espíritu que es la síntesis de las obras de Dios.

Pues ya que la ciencia en su afán de confundir el concepto espiritual con el concepto material, no puede dejar satisfecha nuestra razón, por serle imposible hacernos entender la naturaleza íntima de aquel, por serle imposible negar las manifestaciones de sus facultades que sólo se observan en el hombre, preciso es confesar, cuando menos, que esto es un misterio que está fuera de nuestro alcance, y atenernos á la verdad revelada, á esa verdad enseñada por Dios y que la Iglesia católica publica á diario, y que es la que más satisface al alma.

#### V.

Si averiguamos el fundamento de todo materialismo, sólo podemos encontrarlo

en hipótesis previamente establecidas, y más ó menos ingeniosas. Ninguna verdad demostrada evidentemente, como debía exigirse por todos los que ansían salir del error, si es que por error tienen las enseñanzas metafísicas. Ninguna afirmación rotunda se tiene en este sentido que pudiera justificar á los que voluntariamente se apartan de la verdad revelada.

Mas si en vez de consagrar todo su ingenio al descubrimiento de nuestro origen en la materia, pusieran empeño en estudiar la verdad bíblica destituidos de toda prevención, ya hubieran colmado sus deseos.

En efecto, todo hecho real se revela por sus antecedentes, y hasta las cosas que están en el porvenir se pueden adivinar por la inducción y deducción. Ahora bien, en la Biblia se encuentran sucesos verificados que antes habían sido predichos. Además todavía quedan algunos de ellos cuya realización se espera aún. ¿Por qué entonces no fijar la atención en estas cosas vaticinadas?

Hoy, á la altura en que se encuentra la moderna civilización, ningún temor puede